

Anthony Eden y la Guerra de España



Michael Alpert

DEL colegio a la guerra de 1914; de las trincheras a la universidad; del claustro académico a los escaños de la Cámara de los Comunes; y un rápido ascenso por el escalafón para llegar a la poltrona de ministro de Asuntos Exteriores a la edad de 38 años. La meteórica carrera del brillante Mr. Eden no parece haberle dado tiempo de visitar España ni de establecer aquellos vínculos con el mundo aristocrático español de los que disfrutaba su precursor en el Foreign Office y frecuente crítico sobre España, el futuro embajador de Su Majestad en el Madrid de la posguerra, Sir Samuel Hoare.

Las etapas de la actuación de Anthony Eden —ministro británico de Asuntos Exteriores y al que vemos en la imagen— con respecto a la Guerra de España siguen una trayectoria de ascendente involucramiento. Después de que Eden creyera en 1937 que sus puntos de vista habían triunfado, se encontró con la oposición de su propio Gobierno.

EN cambio, Eden podía considerar a España con total neutralidad, sólo bajo la lupa de sus contactos con Salvador de Madariaga en la Liga de Naciones en Ginebra, y únicamente a través del prisma de los intereses de Gran Bretaña.

Estos intereses, fundamentales para una consideración de la actuación de Eden frente a la Guerra Civil, eran, en primer lugar, la preservación del balance de poder en Europa, y segundo, la protección de las inversiones industriales, las fuentes de materias primas, y las vitales rutas marítimas imperiales de Inglaterra.

Para el conservador Eden, la Segunda República había degenerado en caos y anarquía; culpaba al Gobierno del Frente Popular por no saber controlar los excesos de su izquierda.

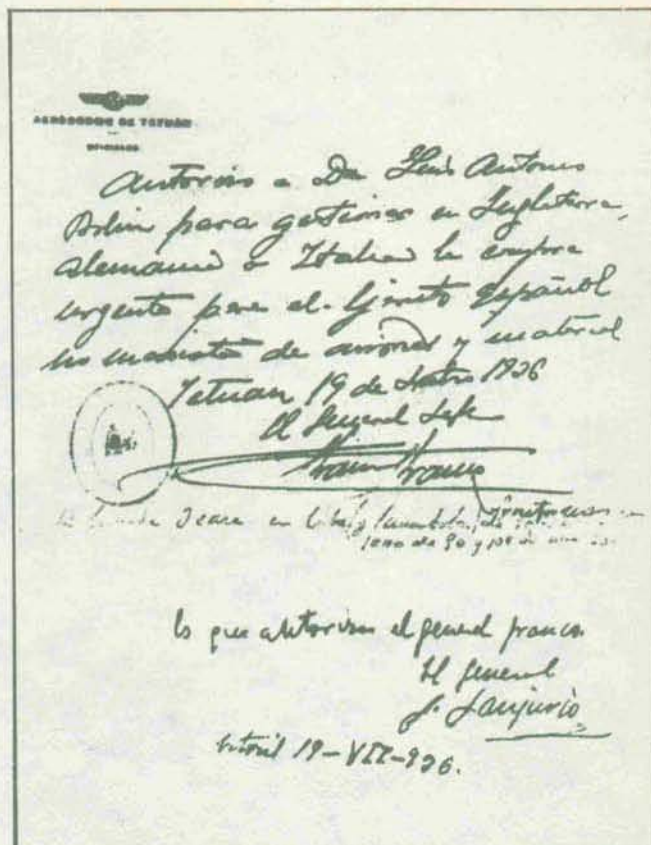
Las etapas de la actuación de Eden respecto a la Guerra de España siguen una trayectoria de ascendente involucramiento, terminando en su aparente triunfo en Nyon en 1937, para llegar a un repentino alto en el momento de la posible victoria de su punto de vista.

«A VER QUE PASA...»

La primera reacción de Eden ante la crisis española es recomendar que se envíen buques a los puertos republicanos para salvaguardar a centenares de refugiados en peligro mortal, acción seguida por el encargado diplomático en Madrid y, de forma menos entusiasta, por las autoridades gibraltareñas en beneficios de fugitivos de distinto color político. Acosado por López Oliván, embajador republicano en Londres, Eden, pesimista sobre el futuro de España, se marcha de vacaciones. ¿Sería una ausencia diplomática, mientras esperaba ver si el conflicto era un mero golpe de Estado, o se generalizaba, convirtiéndose en guerra?

LOS MOTIVOS DE LA NO-INTERVENCION

Con la llegada de las primeras ayudas extranjeras a los combatientes españoles, empieza la fase inicial de la acción de Eden: la política de No-Intervención. La sugiriese Eden o Leon Blum, presidente frentepopularista del Gobierno francés, el hecho es que, de haber tenido éxito, la política no-intervencionista hubiera proporcionado una perfecta solución a la crisis internacional y, seguramente, hubiera acortado los sufrimientos de España. Es desde luego, una calumnia igualar a Eden con los dictadores, acu-



Mientras el Gobierno republicano se veía atenuado por la política de No-Intervención mantenida por las democracias occidentales, Franco gestionaba desde un comienzo la ayuda de las potencias amigas. Este documento, de 19 de julio de 1936, lo demuestra.

sándole de una carencia de compasión y de considerar a España sólo desde el punto de vista internacional. Más de una vez se refirió en el Parlamento y en escritos a su esperanza de ver acabada la Guerra de España por el bien del pueblo español. Pero los problemas internacionales eran su oficio. Para Eden, las consecuencias de un desenfrenado abastecimiento de material de guerra serían una crisis sólo conducente a un conflicto a escala europea. Permitir a la República que comprase armas abiertamente iría contra la política de **apaciguamiento** de los dictadores, que efectivamente gobernaba la política exterior de Francia y Gran Bretaña. En particular, cuando el 19 de agosto de 1936 el Gobierno inglés, sin esperar un acuerdo internacional, prohibió la exportación desde Inglaterra de armas para España, Eden creía que tal gesto serviría de ejemplo a Alemania e Italia. Gran equivocación, como él mismo señalaría más tarde:

«Yo no había aprendido que es peligroso hacer gestos de buena fe a los dictadores, pues éstos las más de las veces los interpretan mal y no los imitan».

Lo que deja Eden suponer, además, aunque no lo exprese en tantas palabras, es que sin una maniobra política de No-Intervención en la Guerra de España, Francia misma sería irremediable-



mente escindida por sus endémicas divisiones políticas y sociales.

En contestación a los críticos pro-republicanos de la No-Intervención, Eden mantuvo que, sin ella, la República perdería más que los sublevados, porque éstos podían obtener mayores abastecimientos de armas de Italia y Alemania que la República de las renqueantes industrias de guerra de las democracias. Argumento imposible. La dificultad de la República no se basaba en hallar físicamente el material, sino en las licencias de exportación y en los transportes.

Al principio, entonces, la posición de Eden estribaba en localizar la guerra, reforzar al Gobierno francés y tratar de mantener el apaciguamiento de Hitler y de Mussolini. Hasta se declaró a favor de reconocer la beligerancia de Franco cuando tomara Madrid, y se rinde ante la amenaza de un bloque nacionalista en Barcelona durante el mes de noviembre de 1936. Así como consiente en

prohibir a los barcos mercantes ingleses que lleven armas a España. Pero veremos cómo la actitud de Eden habrá cambiado cinco meses más tarde, cuando los sublevados intenten las mismas maniobras en el Cantábrico.

«NO JUEGAN LIMPIO...»

Entran en liza Alemania, Italia y Rusia. Eden cae en la cuenta de que la acción unilateral de su país no trae garantías sobre la conducta de otros. Piensa en un control naval de los accesos marítimos de España. Establece un plan, en el que colaboran Alemania e Italia, pero estos países sólo buscan impedir la llegada de abastecimientos a la República. Poco tiempo dura la supervisión naval. Los ataques republicanos sobre el buque alemán «**Deutschland**» fueron lo que le faltaba a Hitler para retirarse de la patrulla de control.

«Yo no había aprendido que es peligroso hacer gestos de buena fe a los dictadores, pues éstos las más de las veces los interpretan mal y no los imitan», confesaría Anthony Eden años después de su toma de postura cara a la Guerra de España. Estos dictadores a que se refería eran Mussolini e Hitler, aquí reunidos con el Conde Ciano.



Eden, dos veces decepcionado, busca entonces llegar a un acuerdo con Mussolini sobre los intereses mediterráneos de sus mutuos países. Con el llamado «Acuerdo de Caballeros» firmado, Eden descubre que Mussolini ha aprovechado la distensión para enviar más refuerzos de «voluntarios» a España.

El **Foreign Secretary** ya no tiene ilusiones. Más que nunca ahora es esencial que la No-Intervención tenga éxito para aminorar la presunción de los dictadores, que les permite hacer todo lo que les place. Entonces, desesperado, Eden cree que la Marina Real, por sí sola, puede efectuar un verdadero servicio de control de las aguas alrededor de la costa de España. Pero el Consejo de Ministros de 10, Downing Street, y en especial el ministro de Marina, Sir Samuel Hoare —que acusa a Eden de ambicionar sólo la derrota de Franco—, no consiente el plan. En su vejez, Eden seguiría creyendo que, de haber sido

consultada la opinión de la Cámara de los Comunes y del pueblo inglés, éstos hubieran aceptado sus propuestas para imponer la No-Intervención. (Efectivamente, ausentes Alemania e Italia, el control naval que seguía funcionando hacía agua por todas partes; pero mantener, con centenares de buques, la «Pax Británica» desde Irún hasta Vigo y desde Cádiz hasta Barcelona, motivando disputas con países neutrales y la intervención armada de ambas partes en la contienda, era un sueño o más bien una pesadilla).

A nadie se le ocultaba el hecho de la intervención italiana en España. Sin embargo, la impresionante derrota de las flamantes divisiones motorizadas italianas en Guadalajara, y la consecuente campaña propagandística, puso en evidencia el fracaso de la No-Intervención. Eden comentó amargamente:

«Cuando comenzó la Guerra Civil española, yo no simpatizaba políticamente con ninguno de los dos bandos... Al continuar la contienda, me iba preocupando más una victoria de los insurgentes, porque las potencias extranjeras que los apoyaban significaban una amenaza para la paz. Desde los primeros meses de 1937, si hubiera tenido que elegir, hubiese preferido una victoria gubernamental».

EDEN, DECISIVO

La nueva actitud de Eden se reflejó en el episodio del bloqueo de Bilbao, cuando el ministro de Asuntos Exteriores de Su Majestad se negó a reconocer el bloqueo impuesto por Franco y no consintió la detención de barcos mercantes ingleses que llevaban víveres a la capital vasca. Igualmente permitió que la Marina Real protegiese la evacuación de refugiados y que se admitiesen cuatro mil niños vascos en el Reino Unido.

Esta tercera fase en la posición tomada por Eden frente a la Guerra de España confirma que la fuerte acción unilateral de Gran Bretaña sí tenía resultados. Sólo en el momento del incipiente triunfo es cuando Eden cree que no ha recibido el debido apoyo de Neville Chamberlain, que ha

sustituido al enfermo Baldwin como «premier» el 28 de mayo de 1937.

Irritados por los actos de piratería cometidos por submarinos seguramente italianos, Inglaterra y Francia llegan rápidamente a un acuerdo en Nyon el 11 de septiembre de 1937. Sesenta destructores ingleses y franceses patrullarán desde Gibraltar hasta los Dardanelos y Suez, y desde Orán a Marsella, destruyendo cualquier submarino que ataque o amenace con atacar un barco mercante.

Restablecida su confianza por el éxito conseguido en Nyon, Eden dedicó sus esfuerzos en que Italia retirase sus fuerzas de España. Las posibilidades eran optimistas. Mussolini parecía saciado con su nueva colonia en Abisinia y había dificultado los designios de Hitler sobre Austria. Eden confiaba en la determinación de Franco de no dejar a Italia privilegios en territorio español que mermasen el prestigio del nuevo Estado nacional.

Lo que deseaban Mussolini y su yerno, el ministro de Asuntos Exteriores, Conde Ciano, era el reconocimiento «de iure» por Inglaterra de su conquista de Abisinia. Italia quería celebrar

conversaciones con Inglaterra sobre toda una gama de temas, sin que se plantease la cuestión de España. Para Eden, sin embargo, el «**quid pro quo**» de cualquier concesión a Italia era que este país cumpliera con el Pacto de No-Intervención y con el «Acuerdo de Caballeros», retirando sus tropas de España.

Pero la presencia de un «premier» que, al revés de Baldwin, se interesaba por la política exterior, tan bienvenida a Eden en el verano de 1937, se le volvió hiel en el invierno de 1938, cuando vio que Chamberlain no tenía reparos en negociar solapadamente con Italia. Eden creía que la constante presión que él mismo ejercía sobre Ciano produciría resultados, pero las halagadoras visitas privadas hechas por la cuñada de Chamberlain a Mussolini, con mensajes personales del «premier», dieron al traste con los proyectos del ministro inglés de Asuntos Exteriores. No era esta la primera vez que Chamberlain interfería asuntos fuera de su competencia. Su rechazo sin consultar a Eden, de la oferta del presidente estadounidense, Roosevelt, de iniciar conversaciones, había puesto a Eden en una posición intolerable.



La Legión Cóndor ejemplifica la ayuda prestada por las naciones del Eje al bando franquista. Alemania e Italia contravinieron sin cesar los principios de la política de No-Intervención, que Eden intentó que se cumplieran por parte de todos los países. Este desfile de la Legión Cóndor es un mentís rotundo a sus esfuerzos diplomáticos.

Aquel febrero de 1938, Hitler llevaba a término su programa de provocación y amenazas en Austria, programa que, el mes siguiente, abocaría en el «Anschluss» —la unificación de Austria con el Reich. Chamberlain creía que sólo apaciguando a Mussolini podía tener alguna influencia sobre Hitler y hacerle desistir de su proyecto. Para Eden, transigir con Mussolini, que él consideraba un perjuro, sería catastrófico.



Después de suceder a Baldwin como «premier» británico el 28 de mayo de 1937, Neville Chamberlain —en la foto— no tuvo reparos en negociar con la Italia fascista. Con lo que se venían abajo los planes de Eden para detener la política agresiva de Mussolini.

Chamberlain estaba resuelto a celebrar conversaciones con Mussolini. Eden, creyendo que el consentirlas sería una humillación mientras Italia no respetase la No-Intervención, declaró en el Consejo de Ministros que no podía llevar a cabo tal política. El 19 de febrero de 1938, dimitió. El telón de fondo eran sus diferencias con Chamberlain. El motivo directo era España. ■ M. A.



El 19 de febrero de 1938, Anthony Eden dimitía de su cargo como ministro de Asuntos Exteriores. El telón de fondo eran sus diferencias con Chamberlain. El motivo directo era España. (Vemos a Eden tras ser nombrado, años después, primer ministro).